

EL SUFRAGIO UNIVERSAL ⁽¹⁾

20 de Mayo 1850.

Señores, la revolucion de Febrero, y por mi parte, puesto que parece vencida, puesto que es calumniada, buscaré todas las ocasiones de glorificarla en lo que ha hecho de magnífico y de hermoso, la revolucion de Febrero tuvo dos sublimes pensamientos. El primero os lo recordaba el otro día: fué subir hasta las cimas del orden político y arrancar de ellas la pena de muerte; la segunda fué elevar súbitamente las más humildes regiones del orden social al nivel de las más altas, é instalar en ellas la soberanía.

Doble y pacífica victoria del progreso, que por una parte ensalzaba la humanidad y por otra constituía el pueblo, que llenaba de luz el mundo político y á la vez el mundo social, y que regeneraba

(1) Este discurso fué pronunciado en la discusion del proyecto, que llegó á ser la funesta ley de 31 de Mayo de 1850. Aquel proyecto fué preparado, en complicidad con M. Luis Bonaparte, por una Comision especial de 17 miembros.

y consolidaba los dos á la vez: uno por la clemencia, otro por la igualdad. (En la izquierda: ¡Bravo!)

Señores, el gran acto, cristiano y político juntamente, por el cual la revolucion de Febrero hizo penetrar su principio hasta las raíces mismas del orden social, fué el establecimiento del sufragio universal: hecho capital, inmenso; acontecimiento considerable que introducía en el Estado un nuevo elemento irrevocable y definitivo. Notad bien, señores, toda la importancia de este hecho. Ciertamente fué una gran cosa reconocer el derecho de todos, componer la autoridad universal con la suma de las libertades individuales, disolver lo que quedaba de las castas en la augusta unidad de una comun soberanía, y llenar con el pueblo mismo todos los compartimientos del antiguo mundo social; ciertamente esto fué grande; pero, señores, en su accion sobre las clases calificadas hasta ahora de clases inferiores, es donde más resplandece la belleza del sufragio universal. (*Risas irónicas en la derecha.*)

Señores, vuestras risas me fuerzan á insistir en ello. Sí, el lado maravilloso del sufragio universal, el lado eficaz, político, profundo, no fué levantar el bizarro entredicho electoral que pesaba, sin que se pueda adivinar por qué, y en eso consiste la sabiduría de los grandes hombres de Estado de aquellos tiempos (*Risas en la izquierda*), que son los mismos que los de estos... (*Nuevas risas de aprobacion en la izquierda*) no fué, digo, levantar el bizarro entredicho que pesaba sobre una parte de esa

llamada clase media y aún de la que se llamaba clase elevada; no fué el restituir su derecho al hombre que era abogado, médico, literato, administrador, militar, profesor, sacerdote, magistrado y que no era elector; al hombre que formaba parte de un jurado y que no era elector; al que era miembro del Instituto y no era elector; al que era Par de Francia y no era elector; no, el lado sorprendente, lo repito, el lado profundo, eficaz, político, del sufragio universal, fué el ir á buscar en las dolorosas regiones de la sociedad, en las últimas capas, como vosotros decís, al sér encorvado bajo el peso de las negaciones sociales, al sér abatido que hasta entónces no había tenido más esperanza que el motin, y llevarle la esperanza bajo otra forma (*¡Muy bien!*) y decirle: *¡Vota, no te batas más!* (*Movimiento.*) Fué el devolver su parte de soberanía á aquel que hasta entónces no había tenido más que su parte de sufrimiento. Fué el llegar, entre las tinieblas materiales y morales, hasta el infortunado que en las extremidades de su agonía no tenía más arma, ni más defensa, ni más recurso que la violencia, y arrancarle la violencia y ponerle en su lugar entre las manos el derecho. (*Bravos prolongados.*)

Sí, la gran sabiduría de aquella revolucion de Febrero, que, tomando por base de la política el Evangelio (En la derecha: *¡Qué impiedad!*), instituyó el sufragio universal; su gran sabiduría, y al mismo tiempo su gran justicia, no fué solamente confundir y dignificar en el ejercicio del mismo po-

der soberano al burgés y al proletario; fué el ir á buscar en medio del agobiamiento, de la desilusion, del abandono, del rebajamiento, que tan mal consejero es, al hombre desesperado, y decirle: *¡Espera!* Al hombre encolerizado, y decirle: *¡Razona!* Al mendigo, como se le llama; al vagabundo, como se le llama; al pobre, al indigente, al desheredado, al desgraciado, al miserable, como se le llama, y consagrarle ciudadano. (*Aclamaciones en la izquierda.*)

Ved, señores, cómo lo que es profundamente justo es siempre y al mismo tiempo profundamente político; el sufragio universal, al dar una cédula á los que sufren, les quita el fusil; al darles el poder, les da la calma. Todo lo que engrandece al hombre, lo apacigua. (*Movimiento.*)

El sufragio universal dice á todos, y no conozco fórmula más admirable de la paz pública: Estad tranquilos; vosotros sois soberanos. (*Sensacion.*)

Y añade: *¿Sufrís?* Pues bien, no agraveis vuestros sufrimientos, no agraveis las angustias públicas con el motin. *¿Sufrís?* Pues bien, vais á trabajar vosotros mismos, desde este momento, en la gran obra de la destruccion de la miseria por medio de hombres que serán vuestros, por medio de hombres en los que pondreis vuestra alma, y que serán en cierto modo vuestra mano. Estad tranquilos.

Además, para aquellos que se mostrasen más recalcitrantes dice:

¿Habeis votado? Sí. Pues habeis agotado vues-

tro derecho, todo está dicho. Cuando el voto ha hablado, queda pronunciada la soberanía. No corresponde á una fraccion deshacer ni rehacer la obra colectiva.

Sois ciudadanos, sois libres; llegará vuestra hora, sabed esperarla. Entretanto hablad, escribid, discutid, contestad, enseñad, ilustrad; ilustrad vosotros, ilustrad á los demás. Poseeis hoy la verdad, mañana la soberanía; sois fuertes. Dos medios de accion teneis á disposicion vuestra: el derecho del soberano y el papel del rebelde; ¿escogeríais el papel del rebelde? Sería una tontería y un crimen. (*Aplausos en la izquierda.*)

Hé ahí los consejos que el sufragio universal da á las clases que sufren. (En la izquierda: ¡Sí, sí! — *Risas en la derecha.*)

Señores, disolver las animosidades, desarmar los ódios, hacer caer el cartucho de manos de la miseria, levantar al hombre injustamente postrado y sanar el espíritu enfermo con lo que hay más puro en el mundo, con el sentimiento del derecho libremente ejercido; quitar á cada uno el derecho de la fuerza, que es el hecho natural, y devolverle en cambio la parte de soberanía, que es el hecho social; enseñar á los sufrimientos un camino hácia la luz y el bienestar; alejar los vencimientos revolucionarios, y dar tiempo á la sociedad advertida para que se prepare; inspirar á las masas esa paciencia fuerte que hace grandes á los pueblos, hé ahí la obra del sufragio universal (*Profunda sensacion*), obra eminentemente social bajo el punto de

vista del Estado, eminentemente moral bajo el punto de vista del individuo.

Meditad esto: sobre esta tierra de igualdad y libertad, todos los hombres respiran el mismo aire y el mismo derecho. (*Movimiento.*) Hay un dia en el año en que el que os sirve se ve igual á vosotros, en que el que os obedece se ve vuestro semejante, en que cada ciudadano, entrando en la balanza universal, siente y ejercita el peso específico del derecho de ciudadanía, y en que el más pequeño hace equilibrio al más grande. (En la izquierda: ¡Bravo! — *Risas en la derecha.*) Hay un dia en el año en que el ganapan, el jornalero, el bracero, el hombre que arrastra fardos, el hombre que parte piedras á la orilla del camino juzga al Senado. Coge en su mano endurecida por el trabajo los ministros, los representantes, el Presidente de la República, y dice: «¡El poder soy yo!» Hay un dia en el año en que el ciudadano más imperceptible, en que el átomo social participa de la inmensa vida del país entero, en que el pecho más oprimido se dilata con el vasto aire de los asuntos públicos; un dia en que el más débil siente en sí la grandeza de la soberanía nacional, en que el más humilde siente en su pecho el alma de la pátria! (*Aplausos en la izquierda.* — *Risas y ruido en la derecha.*) ¡Qué aumento de dignidad y de moralidad, por consiguiente, para el individuo! ¡Qué satisfaccion, y, por consiguiente, qué tranquilidad! Contemplad al obrero que va al escrutinio. Entra con la frente triste del proletario agobiado, y sale con la mirada de un soberano.

(Aclamaciones en la izquierda.—Murmillos en la derecha.)

Ahora bien, señores, ¿qué es todo esto? Es el fin de la violencia; es el fin de la fuerza bruta; es el fin de las barricadas; es el fin del hecho material; es el principio del hecho moral. *(Movimiento.)* Es, si permitís que recuerde mis propias palabras, el derecho de insurreccion abolido por el derecho del sufragio. *(Sensacion.)*

Pues bien, vosotros, legisladores encargados por la Providencia de cerrar los abismos y no de abrirlos; vosotros, que habeis venido para consolidar y no para quebrantar; vosotros, representantes de ese gran pueblo de la iniciativa y del progreso; vosotros hombres de prudencia y de razon, que comprendéis toda la santidad de vuestra mision y que seguramente no faltareis á ella, ¿sabeis lo que viene á hacer hoy esa ley fatal, esa ley ciega que imprudentemente se atreven á presentaros? *(Profundo silencio.)*

Viene, y lo digo con un estremecimiento de angustia, lo digo con la ansiedad del buen ciudadano, espantado de los abismos en que se precipita á la pátria, viene á proponer á la Asamblea la abolicion del derecho del sufragio para las clases que sufren, y, por consiguiente, no sé qué restablecimiento abominable é impío del derecho de insurreccion. *(Movimiento prolongado.)*

Hé ahí, en dos palabras, toda la situacion. *(Nuevo movimiento.)*

Sí, señores, ese proyecto, que es toda una políti-

ca, hace dos cosas: hace una ley y crea una situacion.

Una situacion grave, inesperada, nueva, amenazadora, complicada, terrible.

Vamos á lo más importante. La vuelta de la ley, considerada en sí misma, vendrá. Examinemos desde luego la situacion.

Despues de dos años de agitacion y de pruebas inseparables, bien podemos decirlo, de toda gran conmocion social, se había alcanzado el objeto.

Se había hecho la paz. Se había encontrado lo más difícil de la situacion: el procedimiento, y con el procedimiento la certidumbre. Se había sustituido el sistema de violenta creacion del progreso con el sistema de creacion pacífica; se habían desarmado las impaciencias y las iras; el cambio del derecho de insurreccion por el derecho del sufragio, se había consumado; el hombre de las clases que padecen lo había aceptado. No más agitacion, no más turbulencia. El desgraciado se consideraba realzado por la confianza social. Ese nuevo ciudadano, ese soberano restaurado, había entrado en la ciudadanía con serena dignidad. *(Aplausos en la izquierda.—Durante algunos instantes se deja oír un continuo ruido en algunos bancos de la derecha, mezclándose con la voz del orador.—M. Victor Hugo interrumpe su discurso y se vuelve hacia la derecha.)*

Señores, bien sé que esas calculadas y sistemáticas interrupciones *(Negaciones en la derecha.—En la izquierda: ¡Sí, sí!)* tienen por objeto desconcertar al orador *(¡Es verdad!)* y quitarle la libertad

de pensar, lo cual es un modo de quitarle la libertad de la palabra. (*¡Muy bien!*) Pero en verdad que es un recurso triste y poco digno de una gran Asamblea. (*Negaciones en la derecha.*) Por mi parte, coloco el derecho del orador bajo la salvaguardia de la verdadera mayoría, es decir, de todos los espíritus generosos y justos que se sientan sobre todos los bancos, y que son siempre los más numerosos entre los elegidos de un gran pueblo! (En la izquierda: *¡Muy bien!* — *Silencio en la derecha.*)

Prosigo: la vida pública se había apoderado del proletario sin sorprenderle ni embriagarle. Los días de elección eran para el país más que días de fiesta, eran días de sosiego. (*¡Es verdad!*) En presencia de aquella calma, el movimiento de los negocios, las transacciones del comercio, de la industria, del lujo, de las artes, se habían restablecido; las pulsaciones de la vida regular renacían. Se había obtenido un admirable resultado. Se había firmado un imponente tratado de paz entre lo que se llama todavía lo alto y lo bajo de la sociedad. (*¡Sí, sí!*)

¿Y es este el momento que escogéis para volver á ponerlo todo en tela de juicio? ¿Y desgarrareis ese tratado? (*Movimiento.*) ¡Y es precisamente á ese hombre, al último en la escala de la vida, que esperaba en este momento ir ascendiendo poco á poco y tranquilamente, es á ese pobre, á ese desgraciado; formidable anteriormente, reconciliado, apaciguado, confiado y fraternal al presente, es á él al que

va á buscar vuestra ley! ¿Para qué? Para hacer una cosa insensata, indigna, odiosa, anárquica, abominable. Para arrebatarle su derecho de sufragio. Para arrancarle á las ideas de paz, conciliación, esperanza, justicia, concordia y, por consiguiente, para volverle á las ideas de violencia. Pero ¿qué hombres de desórden sois, pues? (*Nuevo movimiento.*)

Se había encontrado el puerto, y sois vosotros los que de nuevo dais principio á las aventuras. Se había realizado el pacto, y sois vosotros los que lo violais.

¿Y por qué esa violación del pacto? ¿Por qué esa agresión en plena paz? ¿Por qué esa conducta? ¿Por qué ese atentado? ¿Por qué esa locura? ¿Por qué? Yo os lo voy á decir: es porque al pueblo le ha placido, despues de nombrar á quien vosotros queríais, lo cual habeis encontrado muy bien, nombrar á quien no queríais, lo cual habeis encontrado mal. Es porque ha juzgado dignos de su elección á hombres á quienes vosotros considerais dignos de vuestros insultos. Es, porque tal vez tiene el atrevimiento de cambiar de opinion acerca de vosotros, ahora que os ve en el poder y puede comparar los actos con los programas y las promesas con los hechos (*¡Eso es!*) Es porque quizá no encuentra completamente sublime vuestro Gobierno. (*¡Muy bien! — Risas.*) Es porque, parece que se permite no admiraros como es debido. (*¡Muy bien, muy bien! — Movimiento.*) Es porque se atreve á usar de su voto á su capricho; porque parece que ese pueblo tiene la inaudita audacia de imaginarse que es li-

bre, y segun toda apariencia, se le ha metido en la cabeza esa otra extraña idea, la de creerse soberano (*¡Muy bien!*); es, en fin, porque ha tenido la insolencia de daros un aviso bajo esa pacífica forma del escrutinio y no se ha prosternado pura y simplemente á vuestros piés. (*Movimiento.*) Ante esto os indignais, montais en cólera, declarais la sociedad en peligro y exclamais: ¡Vamos á castigarte, pueblo! ¡Vas á tener que habértelas con nosotros, pueblo! Y como aquel loco de la Historia, pegais zurriagazos al Océano. (*Aclamacion en la izquierda.*)

Permitame la Asamblea hacer aquí una observacion que, á mi parecer, aclara hasta el fondo, y con verdadera y segura luz, esta gran cuestion del sufragio universal.

El Gobierno quiere restringir, aminorar, podar, mutilar el sufragio universal. ¿Pero lo ha reflexionado bien? Veamos: vosotros, ministros, hombres sérios, hombres políticos, ¿os habeis dado bien cuenta de lo que es el sufragio universal? ¿El sufragio universal verdadero, sin restricciones, sin exclusiones, sin desconfianzas, tal como lo estableció la revolucion de Febrero, tal como lo comprenden y lo quieren los hombres del progreso? (En el banco de los ministros: *Eso es la anarquía. ¡No queremos eso!*)

Ya os oigo; me respondeis: «No lo queremos. Ese es el modo de creacion de la anarquía.» (En la derecha: *¡Sí, sí!*) Pues bien, es precisamente todo lo contrario. Es el modo de creacion del poder. (En la izquierda: *¡Bravo!*) Sí, es preciso decirlo, y de-

cirlo muy alto, é insisto en ello: esto, á mi parecer, deberá esclarecer toda esta discusion; lo que sale del sufragio es la libertad indudablemente, pero es más todavía el poder que la libertad.

El sufragio universal, enmedio de todas nuestras tempestuosas oscilaciones, crea un punto fijo. Ese punto fijo es la voluntad nacional legalmente manifestada; la voluntad nacional, robusta amarra del Estado, áncora de acero que no se rompe, y que el flujo de las revoluciones y el reflujo de las reacciones baten en vano cada uno á su vez. (*Profunda sensacion.*)

Y para que el sufragio universal pueda crear ese punto fijo, para que de él pueda desprenderse la voluntad nacional en toda su soberana plenitud, es preciso que no tenga nada de contestable (*¡Es verdad! ¡Eso es!*); es preciso que sea realmente el sufragio universal, es decir, que no deje á nadie, absolutamente á nadie, fuera del voto, que haga ciudadanos á todos sin excepcion; pues en materia semejante una excepcion es una usurpacion (En la izquierda: *¡Bravo!*); es preciso, en una palabra, que no dé á nadie, sea el que quiera, el derecho de decir á la sociedad: ¡No te conozco! (*Movimiento prolongado.*)

En estas condiciones el sufragio produce el poder, un poder colosal, un poder superior á todos los asaltos, áun á los más terribles; un poder que podrá ser atacado, pero no derribado; testigo de ello el 15 de Mayo, testigo de ello el 23 de Junio (*¡Es verdad! ¡Es verdad!*); un poder invencible por

estar colocado sobre el pueblo, como Anteo por estar colocado sobre la tierra. (*Aplausos en la izquierda.*) Sí, gracias al sufragio universal creais y poneis al servicio del orden un poder en el que se condensa toda la fuerza de la nacion; un poder para el cual no hay más que una cosa imposible: destruir su principio, matar lo que le ha engendrado. (*Nuevos aplausos en la izquierda.*)

Gracias al sufragio universal, en nuestra época, en la que flotan y se derrumban todas las ficciones, encontrais el fondo sólido de la sociedad. ¡Ah! ¡Os estorba el sufragio universal, hombres de Estado! ¡Ah! ¡No sabeis qué hacer del sufragio universal! ¡Gran Dios! Y es el punto de apoyo, el inquebrantable punto de apoyo, que bastaría á un Arquímedes político para levantar el mundo! (*Gran aclamacion en la izquierda.*)

¡Ministros, hombres que nos gobernais, destruyendo la integridad del sufragio universal atentais al principio mismo del poder, del único poder posible hoy! ¿Cómo no veis esto?

Mirad, ¿quereis que os lo diga? Vosotros mismos no sabeis lo que sois ni lo que haceis. No acuso vuestras intenciones, acuso vuestra ceguedad. ¿Os creéis de buena fé conservadores, reconstructores de la sociedad, organizadores? Pues bien, tengo el sentimiento de destruir vuestra ilusion; apesar vuestro, cándida é inocentemente sois revolucionarios. (*Sensacion.*)

Sí, y revolucionarios de la más peligrosa especie, revolucionarios de la especie cándida. (*Hilari-*

dad general.) Teneis, y muchos de vosotros lo han probado ya, ese maravilloso talento de hacer revoluciones sin verlo, sin quererlo y sin saberlo (*Nueva hilaridad*), queriendo hacer otra cosa. (*Risas. — ¡Muy bien, muy bien!*) Vosotros nos decís: Estad tranquilos; y estrechando en vuestras manos, sin preocuparos de lo mucho que pesan, la Francia, la sociedad, el presente, el porvenir, la civilizacion, los dejais caer en el suelo por torpeza. Haceis la guerra al abismo arrojándoos en él de cabeza. (*Prolongado movimiento.*)

Pues bien, el abismo no se abrirá! (*Sensacion.*) El pueblo no saldrá de su calma. El pueblo tranquilo es el porvenir asegurado. (*Aplausos en la izquierda. — Rumores en la derecha.*)

La inteligente y generosa poblacion parisien lo sabe, y á la verdad, lo digo sin comprender que tales palabras puedan despertar murmullos, París ofrecerá el grande é instructivo espectáculo de que, si el Gobierno es revolucionario, el pueblo será conservador. (*¡Bravo, bravo! — Risas en la derecha.*)

Tiene, en efecto, que conservar este pueblo, no sólo el porvenir de la Francia, sino el porvenir de todas las naciones. Tiene que conservar el progreso humano, de que Francia es el alma; la democracia, de que Francia es el hogar, y ese magnífico trabajo que la Francia hace y que, desde sus alturas, se esparce sobre el mundo: la civilizacion por la libertad. (*Explosion de bravos.*) Sí, el pueblo lo sabe, y hágase lo que se quiera, lo repito, no se

"ALFONSO MEYER"
Vdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

moverá. El que tiene la soberanía sabrá tener también la majestad. (*Movimiento.*) Esperará impasible á que llegue su día, el día infalible, el día legal. Como ya lo viene haciendo durante ocho meses, á las provocaciones y á las agresiones, cualesquiera que ellas sean, opondrá la formidable tranquilidad de la fuerza, y mirará con la sonrisa indignada y fría del desprecio vuestras pobres y pequeñas leyes, tan furiosas y tan débiles, desafiar el espíritu del siglo, desafiar el buen sentido público, desafiar la democracia, y clavar sus desgraciadas y raquíticas uñas en el granito del sufragio universal. (*Prolongada aclamacion en la izquierda.*)

Señores, una última palabra. He procurado caracterizar la situación; ántes de bajar de esta tribuna, permitidme caracterizar la ley.

Esa ley, como tea revolucionaria, podrian los hombres del progreso temerla; como medio electoral, la desdeñan.

No es que esté mal hecha, al contrario. Por muy ineficaz que sea, es una ley sábia, es una ley construida con todas las reglas del arte. Le hago justicia. (*Risas.*)

Cada detalle es una habilidad. Pasaremos, si gustais, esta instructiva revista. (*Nuevas risas.— ¡Muy bien!*)

A la simple residencia decretada por la Constituyente, sustituye solapadamente el domicilio. En vez de seis meses escribe tres años, y dice: «Es lo mismo.» (*Negaciones en la derecha.*)

En lugar del principio de la permanencia de las listas, necesarias á la sinceridad de la eleccion, pone, como si nada hiciera, el principio de la permanencia del domicilio, atentatoria al derecho del elector. Sin decir una palabra de ello borra el artículo 104 del Código civil, que no exige para la comprobacion del domicilio más que una sencilla declaracion, y reemplaza este artículo 104 por el censo indirectamente restablecido, y á falta del censo por una especie de sujecion electoral mal disfrazada, del obrero al patron, del criado al amo, del hijo al padre. Crea de este modo, mezclando la imprudencia á tantas habilidades, una guerra sorda entre el patron y el obrero, entre el criado y el amo, y cosa culpable, entre el padre y el hijo. (*Movimiento.— ¡Es verdad!*)

Ese derecho de sufragio, que creo haber demostrado que forma parte de la entidad del ciudadano; ese derecho de sufragio, sin el cual el ciudadano no existe; ese derecho, que más que seguirle se incorpora á él, que respira en su pecho, que con la sangre corre por sus venas, que va, viene y se mueve con él, que es libre con él, que con él nace para no morir sino con él; ese derecho, imperdible, esencial, personal, vivo, sagrado (*Risas en la derecha*), ese derecho, que es el soplo, la carne y el alma de un hombre, vuestra ley se lo quita al hombre y lo trasporta, ¿á qué? á la cosa inanimada, al alojamiento, al monton de piedras, al número de la casa. Ata á la gleba el elector. (*Bravos en la izquierda.— Murmullos en la derecha.*)

Continúo.

Emprende y realiza, como la cosa más sencilla del mundo, la enormidad de hacer suprimir por el mandatario el título del mandante. (*Movimiento*). ¿Qué más? Arroja de la ciudadanía legal, clases enteras de ciudadanos, proscribete en masa ciertas profesiones liberales, los artistas dramáticos, por ejemplo, á los que el ejercicio de su arte obliga á cambiar de residencia casi todos los años.

EN LA DERECHA.—¡Que estan fuera los comediantes! ¿Y qué? Tanto mejor.

M. VÍCTOR HUGO.—Hago constar, y el *Moniteur* lo hará tambien, que cuando he deplorado la exclusion de una clase de ciudadanos, digna entre todas de estimacion é interés, en ese lado se han reido y han dicho: ¡Tanto mejor!

EN LA DERECHA.—¡Sí, sí!

M. TH. BAC.—Es la excomunion que vuelve. Vuestros padres arrojaban á los comediantes fuera de la iglesia; vosotros haceis más, los arrojais fuera de la sociedad! (En la izquierda: ¡Muy bien!)

EN LA DERECHA.—¡Sí, sí!

M. VÍCTOR HUGO.—Adelante. Continúo el exámen de vuestra ley: asimila, identifica al hombre condenado por delito comun, y al escritor encausado por delito de imprenta. (En la derecha: ¡Hace bien!) Los confunde en la misma indignidad y en la misma exclusion. (En la derecha: ¡Tiene razon!) De tal modo que si Voltaire viviese, como el presente sistema oculta bajo una careta de austeridad transparente su intolerancia religiosa y su intolerancia po-

lítica (*Movimiento*), haria seguramente condenar á Voltaire por ofensa á la moral pública y religiosa... (En la derecha: ¡Sí, sí, y haria muy bien!...—M. Thiers y M. de Montalembert se agitan en su banco.)

M. TH. BAC.—¡Y Beranger! sería indigno!

OTRAS VOCES.—¿Y M. Michel Chevalier?

M. VÍCTOR HUGO.—No he querido citar ningun vivo. He tomado un nombre de los más grandes, de los más ilustres que hay entre los pueblos, un nombre que es una gloria de Francia, y os digo: Voltaire caería bajo vuestra ley y tendríais en la lista de las exclusiones y las indignidades al reincidente Voltaire. (*Movimiento prolongado*.)

EN LA DERECHA.—Y estaría bien hecho. (*Inexplicable agitacion en todos los bancos*.)

M. VÍCTOR HUGO.—Estaría bien hecho, ¿no es verdad? Sí, tendríais en vuestras listas de excluidos é indignos al reincidente Voltaire (*Nuevo movimiento*), lo cual daría mucho gusto á Loyola. (*Aplausos en la izquierda y risas prolongadas*.)

¿Qué os diré? Esa ley construye, con funesta destreza, todo un sistema de informalidades y dilaciones que arrastran consigo la anulacion del derecho. Está llena de lazos y trampas, en los que se perderá el derecho de tres millones de hombres. (*Viva sensacion*.) Señores, esa ley viola, y esto lo resume todo, lo que es anterior y superior á la Constitucion, la soberanía de la nacion. (*¡Sí, sí!*)

En contra del texto formal del artículo 1.º de esta Constitucion, atribuye á una fraccion del pueblo el ejercicio de la soberanía que sólo pertenece á

la universalidad de los ciudadanos, y hace gobernar feudalmente á tres millones de excluidos por seis millones de privilegiados. Instituye ilotas (*Movimiento*), ¡hecho monstruoso! En fin, con una hipocresía que es á la vez una suprema ironía, y que, por lo demás, completa admirablemente el conjunto de sinceridades reinantes, las cuales llaman amnistías á las proscripciones romanas y libertad á la esclavitud de la enseñanza (*¡Bravo!*), esa ley continúa dando á ese sufragio restringido, á ese sufragio mutilado, á ese sufragio privilegiado, á ese sufragio de los domiciliados, el nombre de sufragio universal. Señores, esa ley, no quiera Dios que yo diga que es Tartuffe el que la ha hecho, pero afirmo que es Escobar el que la ha bautizado. (*Vivos aplausos é hilaridad en todos los bancos.*)

Pues bien, insisto en ello; con toda esa complicación de sutilezas, con todo ese entrelazamiento de engaños, con toda esa aglomeración de astucias, con todo ese tejido de combinaciones y expedientes, si por acaso fuese aplicada alguna vez, ¿sabeis cuál sería el resultado de esa ley? Nulo.

Nulo para vosotros que la haceis. (En la derecha: *Esa es cuenta nuestra.*)

Y es que, como os lo decía hace un momento, vuestro proyecto de ley es temerario, violento, monstruoso, pero es raquíptico. Nada iguala su audacia más que su impotencia. (*¡Si, es verdad!*)

¡Ah! Si no hiciese correr á la paz pública el inmenso riesgo que acabo de señalaros, os diría: Que se vote. ¡Dios mio! No hará nada, ni para nada ser-

virá. Los electores subsistentes vengarán á los electores suprimidos. La reacción habrá reclutado fuerzas para la oposición. Estad seguros de ello. El soberano mutilado sería un soberano indignado. (*Viva aprobación en la izquierda.*)

¡Hacedlo! Suprimid tres millones de electores, suprimid cuatro, suprimid ocho de los nueve millones.

El resultado será el mismo para vosotros, si no es peor. (*¡Si, si!*) Lo que no suprimireis serán vuestras faltas (*Movimiento*); serán todos los contrasentidos de vuestra política de compresión; será vuestra fatal incapacidad (*Risas en el banco de los ministros*); será vuestra ignorancia del país actual; será la antipatía que os inspira y la antipatía que le inspirais. (*Nuevo movimiento.*) Lo que no suprimireis es el tiempo que pasa, es la hora que suena, es la tierra que gira, es el movimiento ascendente de las ideas, es la progresión decreciente de las preocupaciones, es la separación cada vez más profunda entre el siglo y vosotros, entre las nuevas generaciones y vosotros, entre el espíritu de libertad y vosotros, entre el espíritu de filosofía y vosotros. (*Muy bien, muy bien!*)

Lo que no suprimireis es ese hecho indiscutible, en virtud del cual, en tanto que vosotros vais hacia un lado, la nación va hacia el otro; lo que para vosotros es Oriente, es Poniente para ella, y mientras vosotros volveis la espalda al porvenir, ese gran pueblo de Francia, con la faz inundada de luz por el alba de la nueva humanidad que se le-

vanta, vuelve la espalda al pasado. (*Explosion de bravos en la izquierda.*)

Resignaos al sacrificio. Que os agrade ó no, el pasado es el pasado. (*Bravos.*) Procurad componer sus viejos ejes y sus viejas ruedas; enganchad á él diez y siete hombres de Estado si quereis. (*Risa universal.*) ¡Diez y siete hombres de Estado de refuerzo! (*Nuevas y prolongadas risas.*) Arrastradle á la clara luz del tiempo presente. ¿Y qué? Será siempre el pasado. Se verá mejor su decrepitud, si es todo. (*Risas y aplausos en la izquierda.—Murmuros en la derecha.*)

Resumo y concluyo.

Señores, esa ley está inválida, es nula, está muerta áun ántes de haber nacido. ¿Y sabéis lo que la mata? Sus mentiras. (*Profunda sensacion.*) Porque es hipócrita en el país de la franqueza, porque es desleal en el país de la honradez, porque no es justa, porque no es verdad, porque intenta vanamente crear una verdad y una justicia sociales falsas. No hay dos justicias y dos verdades: no hay más justicia que una, la que resulta de la conciencia, ni más que una verdad, la que viene de Dios. Hombres que nos gobernais, ¿sabéis lo que mata vuestra ley? Pues es que, en el momento en que viene furtivamente á arrebatár la cédula, á robar la soberanía del bolsillo del débil y del pobre, tropieza con la severa mirada, con la mirada terrible de la probidad nacional, luz radiante bajo la cual vuestra obra de tinieblas se desvanece. (*Movimiento prolongado.*)

Escoged vuestro partido. En el fondo de la conciencia de todo ciudadano, del más humilde como del más grande, en el fondo del alma—acepto vuestras frases—del último mendigo, del último vagabundo, hay un sentimiento sublime, sagrado, indestructible, incorruptible, eterno; el derecho (*Sensacion*); ese sentimiento, que es fundamental á la razon del hombre; ese sentimiento que es el granito de la conciencia humana; el derecho, roca contra la cual vienen á chocar y estrellarse las iniquidades, las hipocresías, los malos designios, las malas leyes, los malos Gobiernos. Ved el obstáculo oculto, invisible, oscuramente perdido en lo más profundo de los espíritus, pero incesantemente presente y en pié, con el cual tropezareis siempre sin conseguir destruirlo aunque hagais lo que querais. (*¡No, no!*) Os lo digo, perdeis vuestro trabajo. No lo desarraigareis, no lo quebrantareis; ántes arrancaríais el escollo del fondo del mar que el derecho del corazón del pueblo. (*Aclamaciones en la izquierda.*)

Voto contra el proyecto de ley. (*La sesion se suspende en medio de una inexplicable agitacion.*)

FIN.



PQ
.D
S6